

el mismo carácter literario, hace suponer que la fuente que en tal caso se pudo aprovechar fuera de éstos, debió de ser un producto muy moderno y que no pudo haber en modo alguno gran variedad de otras fuentes.

Verdad es que el cronista cita, en apariencia, diversos escritos, pero en realidad estas citas no se refieren á diferentes libros, sino á las distintas partes de una misma obra, y por cierto á una historia de los reyes reformada despues del cautiverio. Esta obra utilizada por el cronista está concebida en un espíritu idéntico al de la Crónica é interpreta como ésta la historia antigua desde el punto de vista del judaismo posterior al cautiverio. El verdadero título de esta obra era probablemente: «Mídrasch del libro de los Reyes,» 2. Crónica, 24, 27.

Mejor que por medio de investigaciones generales sobre la formación de la Crónica, creemos poder convencer al lector de la incredibilidad de aquellos de sus relatos que no están apoyados en fuentes mas antiguas, demostrándosela durante el transcurso de esta historia con ejemplos especiales y culminantes, exponiendo al propio tiempo las razones probables de la reforma de la antigua tradicion hecha en aquel libro.

En otro concepto puede utilizarse con provecho la Crónica para desbrozar la materia, esto es, para fijar el texto de los libros mas antiguos. El cronista ha introducido en su narración una gran parte del contenido de los libros de Samuel y de los Reyes (1), y este texto — en la menos leida Crónica — se ha librado mejor de adulteraciones mas ó menos arbitrarias; pero donde el cronista encontró alterado el texto primitivo, su testimonio nos es de interés, porque tambien las adulteraciones suelen tener sus vicisitudes al reproducir la tradicion.

9. Libro de Ruth.

Menos aun que la Crónica, puede considerarse este libro como fuente de los sucesos que relata. Ciertamente este tierno idilio se diferencia de la Crónica muy ventajosamente por sus conceptos; pero en cambio contiene menos historia que aquella. El libro de Ruth es una poesía posterior al cautiverio (2) redactada con el objeto de hacer derivar la casa de David de una mujer moabita que abandona patria, familia y religion para adherirse á Israel, y en recompensa se la convierte en esposa de un noble judaíta y en abuela de David. Los miembros de la genealogía, que segun el libro de Ruth llegan hasta David, son todos anti-históricos. Los antiguos datos, en parte fidedignos, del libro de Samuel sobre David, no dan á conocer mas antecesores de éste que á su padre Isai.

10. Los Salmos.

Ewald é Hitzig hacen un uso muy frecuente de los cánticos de los Salmos, no solo para describir las evoluciones espirituales de tiempos anteriores al cautiverio, sino tambien para identificarnos con la manera de sentir de determinados personajes de aquellos tiempos. Esto está relacionado con el modo que tienen de apreciar los Salmos estos eruditos. El que como éstos y muchos otros opina que la poesía hebrea

(1) Wellhausen ha enumerado en Bleek: *Introducción al Antiguo Testamento*, págs. 285 y siguientes, los fragmentos paralelos de los libros de Samuel y de los Reyes por una parte y la Crónica por otra. Tambien se encuentran en de Wette: *Introducción al Antiguo Testamento*, octava edición, de E. Schrader, págs. 366 y siguientes.

(2) Así se explica que se encuentre en el cánon Ketubim. En otras Biblias está colocado de acuerdo con los LXX y la Vulgata en el cánon de los profetas, detrás de los libros de los Jueces. Esta transposición se explica porque lo relatado en el libro de Ruth se ve por 1, 1, que se refiere al tiempo de los Jueces

de los Salmos data del tiempo de David y que desde entonces acompaña á la historia de Israel un torrente de misticismo lírico, interrumpido solo temporalmente; el que fia á su propio sistema de crítica la demostración de los autores de determinados salmos, puede utilizar con este objeto sus cánticos; pero nosotros desistimos de ello, no solo porque consideramos una quimera la eficacia de semejante método crítico y creemos que aquellos sabios se hacen ilusiones respecto de la seguridad de las consecuencias que sacan, sino porque consideramos por encima de todo que su parecer sobre la época de la formación de los Salmos es un error de fatales consecuencias. Los Salmos no son producto del israelismo, sino del judaismo posterior al cautiverio: sus cánticos, tanto por sus conceptos como por su estilo (3), revelan su procedencia de aquel tiempo, así como tambien es característico de éste el misticismo que los informa. Antes del cautiverio faltaba, por decirlo así, hasta la base para la poesía de los Salmos. No pretendemos con esto que en ellos no se pueda encontrar algo anterior al cautiverio; pero si acaso se encuentra es muy poco y de escasa importancia. Por lo general, en cada uno de los salmos se observa la probabilidad de su origen posterior al cautiverio, y deberíamos hallar razones de suma importancia para que pudiésemos justificadamente aceptar la opinion opuesta (4).

11. Los escritos de Salomon.

Todos los libros del Antiguo Testamento de que hemos tratado en los párrafos 1 á 10, entre ellos los atribuidos á Salomon, como productos de las épocas del cautiverio y posteriores, no son fuentes para la historia de Israel durante el gobierno de los reyes.

II. Noticias procedentes de inscripciones.

1. La inscripcion de Mesa, rey de Moab.

Este es el mas antiguo monumento que poseemos de la lengua y escritura hebreas, tal vez la única inscripción hebrea de la época anterior al cautiverio (5). Fué descubierta en 1878 por el pastor alemán Klein en las ruinas de la ciudad real de Daibon (ahora Diban) y comprada en el año 1879 para el Museo de Berlin. Sin embargo, á consecuencia de varios engaños é intrigas no llegó la piedra á poder de su comprador, habiendo sido rota, segun parece, por los vendedores, la tribu nómada árabe de los Beni-Hamide. Clermont-Ganneau consiguió hacerse con los fragmentos de esta piedra, la cual hoy figura en el Louvre (6). Mas adelante

(3) Véanse las razonadas demostraciones de F. Giesebrecht: «Sobre la época de formación de los Salmos,» en la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, págs. 276 y siguientes. El autor, sin embargo, da demasiada importancia todavía á las pruebas aducidas en favor de una composición mas antigua de los Salmos.

(4) Todavía se sustenta por muchos la opinion poco razonada de que en el libro de los Salmos deben existir algunos de David. El análisis que en el curso de esta historia tendremos que hacer de las tradiciones existentes acerca de David, convencerá al lector de que los propagandistas de aquella idea no se tomaron previamente la molestia de fijar los caracteres propios del David histórico.

(5) En el verano de 1880 se descubrió en Jerusalem, en la desembocadura del canal de la Roca, que conduce desde la fuente de María al estanque de Siloah, una inscripción bastante extensa en caracteres antiguos hebreos; contiene mas de ocho renglones, no pudiéndose fijar su número exacto porque la parte inferior está dentro del agua. Su lectura no ha podido hacerse todavía. Véanse: Socin, en la «Revista de la asociación alemana de Palestina,» tomo III, págs. 54 y siguientes, y la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, pág. 355.

(6) Sobre la historia de esta piedra y su significación para el conoci-

verán nuestros lectores reproducida esta piedra y traducida su inscripción. La legitimidad de ésta ha sido contradicha, aunque sin apoyarse los contradictores en razones suficientes (1).

2. Inscripciones asirio-babilónicas.

Estas son de valor inapreciable para la historia de Israel, no solo porque nos informan de muchas cosas, calladas en los escritos hebreos, sino porque hacen tambien mención de otras que vienen relatadas en el Antiguo Testamento. Como se comprende, sus noticias proceden de puntos de vista completamente diversos, y, por lo mismo, nos permiten rectificar á menudo los juicios parciales de los escritores hebreos. Finalmente nos ofrecen — y esta es su mayor utilidad — el único medio posible de fijar históricamente lo relatado por el Antiguo Testamento. Segun veremos en el siguiente capítulo, los antiguos hebreos jamás tuvieron una era, sino que contaron por años de los reyes ú otros sucesos importantes. Todo este género de tradicion, que encierra ahora el libro de los Reyes, no tiene validez alguna, porque todas sus fechas aisladas concuerdan ahora con un sistema de contar que solo fué formado en la época posterior al cautiverio, y han debido arreglarse artificiosamente para este fin sujetándolas á una computación de períodos de 480 años. Solamente en la época de 722-586 se pueden comprobar satisfactoriamente los datos del libro de los Reyes con los de los Profetas. Por lo que se refiere á los tiempos anteriores al año 722 no dan ninguna luz; pero las inscripciones asirias nos prestan grandes servicios en este punto, porque los asirios y los babilonios tuvieron una cronología exacta. Los asirios designaban los años con el nombre de determinados empleados (entre los cuales se contaba al mismo rey), que eran epónimos de los años respectivos. Poseemos todavía en varios ejemplares que se completan, relaciones de estos epónimos que alcanzan desde el año 893 hasta el 666. En ellas se encuentran separados por medio de una raya los nombres de los varios epónimos; además, el conjunto de éstos que forman un reinado están á su vez divididos por una raya mas marcada. Estas listas tienen además el mérito de que muchas veces despues de los epónimos se citan sucesos excepcionalmente importantes, que han distinguido al año, como, por ejemplo, campañas de los reyes, etc. (2). De mayor importancia todavía por su contenido son las inscripciones de los reyes asirios y babilónicos. Entre éstas debemos distinguir las analísticas, que registran los hechos de un rey segun su orden cronológico, y las conmemorativas, que, prescindiendo de este orden, solo consignan los hechos segun su importancia y en orden correlativo (3). Un complemento en extremo va-

miento de la lengua hebrea, véase, para mas detalles, el tratado de gramática hebrea del autor, págs. 13 y siguientes.

(1) Esto fué ocasionado por haber coincidido el descubrimiento de esta inscripción con la aparición de gran cantidad de vasijas de barro moabitas con inscripciones y, en parte, con figuras extravagantes é indecorosas. Estas son una falsificación moderna.

(2) Lo mas moderno sobre este punto se encuentra en E. Schrader: «Inscripciones cuneiformes é investigación histórica,» Giessen, 1888, págs. 299 y siguientes. Una edición manual forma la primera parte del libro de H. Brandes: «Estudios para la historia del Oriente en la antigüedad,» Halle, 1874.

(3) Sobre la historia del arte de descifrar véase la «Literatura» en la gramática hebrea del autor, pág. 6. En la propaganda de estos estudios en Alemania ha contraído méritos especiales E. Schrader. Ha sido tambien el primero en utilizar los resultados de esta ciencia para el estudio del Antiguo Testamento. Véase su libro: «Las inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento,» Giessen, 1872. A. de Gutschmid se ha manifestado decidido adversario de la aplicación de los resultados de la asiriología: «Nuevas contribuciones á la historia del Antiguo Oriente,»

liso de los datos asirios y que los sustituye tambien para la época posterior á la destrucción del imperio asirio, es el llamado «cánon de los Regentes ó de los Reinados,» debido al astrónomo y geógrafo egipcio Tolomeo, el cual, en lo que se refiere á Babilonia, procede de los apuntes de los astrónomos babilonios y nos da una relacion completa de los soberanos de Babilonia y sus años desde Nabonassar, siguiendo por la de los persas y macedonios y terminando con una enumeración de los emperadores romanos (4).

3. Inscripciones y papiros egipcios.

Estos tratan mucho menos de los israelitas y su historia que los asirio-babilónicos. Solo nos dan alguna luz sobre un suceso del tiempo antiguo: la expedición de Sisak contra Judá y el Sur de Israel (5). En cambio son de mayor importancia para los períodos de las guerras con los asirios y posteriormente con los babilonios; pero son sobre todo útiles para dar á conocer la situación histórica general. Disminuye su importancia el no haber tenido los egipcios, como tuvieron los asirios, una era y una cronología fijas. No obstante, sus datos cronológicos sirven á veces para comprobar las noticias hebreas.

Hasta ahora la historia egipcia ha sido utilizada por lo general para el estudio de la de Israel por aquellos que antes no habian investigado suficientemente el Antiguo Testamento, y por lo mismo se encontraban desorientados acerca de lo que esperaban encontrar en las inscripciones referente á asuntos hebreos (6). Así es que se han tomado un trabajo ímprobo para hallar noticias sobre Moisés y la época de la servidumbre en Egipto, y han creído tambien hacer el feliz descubrimiento de los antiguos hebreos en un nombre, *Apu-riu*, que solo tiene de comun una *r* con el de *hebreo*. El lector de nuestra historia se convencerá muy pronto de que todo este trabajo de investigación era inútil.

CAPITULO II

LA CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA DE ISRAEL

Al terminar el anterior capítulo indicamos que los datos cronológicos para la historia de Israel solo están determinados con seguridad por lo que toca á la época desde la destrucción de Samaria (722) en adelante, pues que aquí los datos del libro de los Reyes fueron comprobados por los casuales de los escritos proféticos. Sostuvimos tambien que en lo tocante á la época desde el año 722 atrás, los datos cronológicos de las inscripciones asirias eran los únicos que ofrecían la posibilidad de fijar hasta cierto punto el curso cronológico de la historia de Israel. Creemos asimismo deber recordar ahora que estos datos son igualmente de gran utilidad para la primera época; que para el mismo fin podían aprovecharse algunas inscripciones egipcias, y que para el período desde la subida al poder de Nabonassar de Babilo-

Leipzig, 1876. Este libro influyó muy útilmente y recomendó la prudencia, pero fué mas allá de donde debía. Schrader ha contestado victoriosamente á los puntos principales de este ataque en la obra ya citada en la nota anterior.

(4) Sobre el origen y significación de este trabajo, hecho con fines astronómicos y matemáticos, véase L. Ideler: «Manual de la cronología matemática y técnica,» Berlin, 1825, I, págs. 109 y siguientes. Marcus von Niebuhr: «Historia de Asur y Babel desde Phul,» Berlin, 1857, páginas 9 y siguientes.

(5) En el curso de esta historia volveremos á tratar este punto y con tal motivo daremos una reproducción de la inscripción respectiva.

(6) Esta circunstancia quita su valor á los trabajos de los asiriólogos ingleses, franceses y tambien muchos alemanes.

nia (747) en adelante, el cánón astronómico de Tolomeo no sería sumamente útil.

Estas pretensiones están en flagrante contradicción con la opinión general sobre la cronología de la historia de Israel. Según esta opinión divídese la historia hasta la terminación del cautiverio babilónico en dos períodos de 480 años cada uno. El primero abraza desde la salida de Egipto hasta la construcción del templo de Salomón, y el segundo desde ésta hasta el final del cautiverio. Para determinar con exactitud los sucesos del primer período, se ha procurado presentar datos acerca del paso por el desierto, la conquista de la tierra santa por Josué, la duración del gobierno de los Jueces y los interregnos entre éstos; y para los sucesos del segundo período se ha hecho lo mismo en forma muy particular, pues el libro de los Reyes no solo ofrece datos exactos sobre la duración de cada reinado, sino que también agrega á éstos multitud de sincronismos entre la historia de los dos Estados de Israel y Judá, mencionando además, como ya hemos visto al relatar la subida al trono de los varios reyes, el año del gobierno del príncipe del vecino reino en que se verificó aquella. Por otra parte, la suma total indicada para el segundo período parece ser el resultado de un cálculo hecho con partidas rigurosamente exactas. Si, separando aquellos reyes que gobernaron menos de un año —pues después de éstos no podía contarse un año— sumamos los años de los reyes judaítas:

Roboam	17
Abías	3
Asa	41
Josafat	25
Joram	8
Ahasafa	1
Atalía	6
Joás	40
Amasías	29
Oσίας	52
Joatham	16
Acáz	16
Ezequías	29
Manasés	55
Amon	2
Josías	31
Johachaz	—
Joaquín	11
Jeconías	—
Sedecías	11
Obtendremos la suma de	393 años.
Añadiendo los	50 años del cautiverio.
Y como el templo de Salomón tardó cuatro años en terminarse, añadiendo los	37 últimos años del reinado de éste.
Obtendremos la suma total de	480 años.

Sin embargo, en ninguna ocasión con mayor motivo que en ésta puede aplicarse el dicho vulgar de que las apariencias engañan. Algunas de las principales razones que contradicen el anterior cálculo cronológico fueron ya indicadas en las partes anteriores que se refieren á los libros de los Jueces, Samuel y Reyes. Para mayor claridad trataremos aquí definitivamente este punto. Ante todo, es evidente que un historiador que divida la historia de Israel en los dos períodos

indicados tiene que colocar como principio de una era el comienzo del período primero. Ahora bien: nunca hubo en los tiempos antiguos una era desde la salida de Egipto, y esto se comprende porque solo después de haber transcurrido más ó menos tiempo se puede juzgar si un suceso determinado inaugura una nueva era, si forma época que justifique que se le tome como punto de partida. Tanto la era de las olimpiadas como la posterior de la fundación de Roma, como la que siguió al nacimiento de Cristo, solo fueron fijadas y aceptadas mucho tiempo después de los sucesos que las originaron. Se ha calculado lo más exactamente posible —al fijar la era— el tiempo transcurrido entre el suceso que formó época y los posteriores. Tampoco es de extrañar que el acontecimiento de que parte la era israelita pertenezca al pasado mítico del pueblo; lo mismo sucede con la era posterior á la fundación de la ciudad.

Con todo, semejante era solo puede satisfacer las exigencias del historiador cuando al tiempo de fijarla hubo medios de poder calcular con exactitud, en sentido retrógrado, hasta el suceso que le da comienzo, esto es, si se poseían datos históricos y cronológicos sobre el tiempo pasado. Esto sucedió en Grecia y en Roma cuando se aceptó la computación por olimpiadas y por la fundación de la ciudad. Conociáanse series enteras de magistrados y sacerdotes y de vencedores olímpicos, según la duración de cuyos cargos y según cuyas victorias se podía computar el tiempo pasado. En mejor situación estuvo Dionisio Exiguo cuando calculó la era del nacimiento de Cristo —que por lo mismo lleva el nombre de dionisiana;— sin embargo, como es sabido, en la antigüedad se fijaba muy diversamente la fecha de la fundación de Roma y el mismo Dionisio erró en sus cálculos, ya que todos conocemos que Cristo nació algunos años antes de la era que lleva su nombre.

Ahora bien: para el período desde la salida de Egipto hasta la construcción del templo de Salomón, faltan por completo los datos cronológicos respecto del tiempo pasado que trajeron la era del Exodo. Ya hemos visto por lo dicho anteriormente que todas las cifras indicadas para la época de los jueces pertenecen á la reforma deuteronomista de la historia antigua, mientras que en los antiguos escritos originarios de los libros de los Jueces y de Samuel no se encuentra ninguna de aquellas cifras; y si tenemos en cuenta las que se marcan para aquel período, vemos que casi todas forman números redondos (20, 40, 80) y, por lo tanto, son en alto grado sospechosas. El paso por el desierto dura 40 años; igual espacio de tiempo gobiernan Otoniel (Juec., 3, 11), Gedeón-Jerobaal (8, 28) y Samuel (1. Sam., 4, 18); después de la muerte de Eglon tiene Israel 80 años de paz (Jueces, 3, 30); Samson gobierna 20 años (Juec., 15, 20). En resumen, se ha formado una computación artificiosa compuesta de períodos de 480 años, porque 480 años representan 12 generaciones de 40 años cada una.

Con esto se hace también sospechoso el segundo período desde la edificación del templo hasta el fin del cautiverio, pues abraza igualmente 12 generaciones de 40 años cada una; y de paso observaremos que el punto de partida de este período no podía ser considerado como de suficiente importancia para dar nombre á una era sino algún tiempo después. Para el Israel anti-deuteronomista, la edificación del templo de Salomón fué un suceso de tan escasa trascendencia religiosa y política, como para el Israel de la primera época de los reyes la salida de Egipto. El templo de Salomón no fué en manera alguna, como ya demostraremos más adelante, el templo del reino, ó el lugar del culto para todo el pueblo. No fué más que un santuario como tantos otros, y aun de menos importancia religiosa que algunos de ellos;

un santuario real, una parte de la residencia del rey. Solo bajo el punto de vista del Deuteronomio, que considera la construcción de este templo como la época de la introducción de sus leyes puestas en boca de Moisés, y bajo el punto de vista del movimiento á que dió lugar el Deuteronomio, podía surgir aquel hecho como punto de partida en la historia de Israel. Para llegar á formarse esta opinión debió de sacarse previamente la resultante del desenvolvimiento histórico.

Si, pues, la opinión de que con la salida de Egipto empieza una era en Israel y desde ella hasta el fin del cautiverio se han de contar dos períodos de 480 años, es un concepto nacido en el tiempo posterior al cautiverio, fundado en hipótesis teológicas, depende nuestra credibilidad en las cifras indicadas para la época de los reyes, primero, de que en el tiempo en que se formó la era se poseyeran todavía suficientes datos cronológicos sobre lo pasado, y segundo, de que se ponga que los datos numéricos más antiguos que existían á la formación de la era hubiesen sido transmitidos sin alteración conocida.

Por lo que atañe á lo primero, hay que considerar que en el tiempo posterior al cautiverio apenas existían otros datos numéricos sobre el anterior á aquel sino los que se encuentran en el libro de los Reyes y en los escritos de los profetas. Los datos del libro de los Reyes proceden, como ya hemos visto, de relaciones oficiales y en éstas se indicaría con exactitud la duración de cada uno de los reinados. Así las cosas, no se comprende que en el antiguo Israel aparezca que se ha cuidado tan poco de la exactitud en las citas cronológicas, ya que Amós, 1, 1, todavía después del gran terremoto, y anteriormente Jeremías, como ya veremos luego, computan por los años de los reinados. Así debemos suponer que este cómputo, tan extendido en la antigüedad, debía también estar en uso muy anteriormente en escritos no oficiales. Para evitar malas interpretaciones, observaremos desde luego que otro sistema de computación, muy extendido también en la antigüedad, el fundado en la duración del cargo de ciertos empleados, como se ve en Roma (cónsules), Atenas (arcontes), Esparta (éforos) y Asiria (epónimos), ó en la de sacerdotes y sacerdotisas, como vemos en Grecia, Egipto, Chipre, etc., nunca fué usual en el antiguo Israel. Y erran los que opinan que se haya computado según la duración del cargo de los sumos sacerdotes; precisamente sumos sacerdotes, en la acepción propia de la palabra, no hubo ninguno en el tiempo anterior al cautiverio, y el sacerdote primero del templo no fué más que uno de tantos empleados reales.

Con referencia al segundo punto, si los que dividieron la historia de Israel hasta el fin del cautiverio en dos períodos de 480 años se encontraron todavía con una cuidadosa tradición numérica sobre la historia de los reyes, es muy poco probable, por razones de índole general, que llegara íntegra hasta nosotros.

Ciertamente podría haber dado la casualidad —y ésta tiene cosas muy raras— de que entre un suceso, al cual nadie en tiempo antiguo juzgara digno de formar época, y la terminación del cautiverio, hubiesen transcurrido exactamente cuatrocientos ochenta años; pero siempre sería sospechoso que el desarrollo histórico hubiese por azar coincidido aquí con tanta precisión con las opiniones de escuela del tiempo posterior al cautiverio, dependientes en absoluto de la teología de aquella época. Desde luego parece lo más probable que las cifras transmitidas no concordaron con aquella división en períodos, y de aquí nace la suposición inmediata de que se ha establecido un acuerdo entre la tradición y las hipótesis teológicas, esto es, que se han modificado las cifras de suerte que coincidieran exactamente con el sistema cronológico.

gico. No era de esperar que respetase las antiguas cifras transmitidas un movimiento que había ocasionado la reforma y transformación sistemáticas de toda la tradición anterior.

Después de esto, nuestra investigación queda reducida á inquirir si las cifras del libro de los Reyes tienen derecho á nuestro crédito, averiguación que solo puede excusar el que no dé importancia alguna á la determinación cronológica de los sucesos.

Pero ¿cómo se conseguirá esta averiguación? Comparando entre sí las diferentes cifras y teniendo al propio tiempo en cuenta dos circunstancias: 1.ª, si estas cifras se contradicen en determinados casos; 2.ª, si determinadas cifras, ó, lo que es lo mismo, determinados sumandos iguales, se repiten en sucesión regular en la adición de los grupos de cifras que resultan. En el primer caso, las cifras primitivas se han viciado casualmente ó han sido intencionadamente adulteradas. En el segundo, deben considerarse las cifras como el resultado de un cálculo artificioso y no como verdadero material histórico (1).

Ambos casos se demuestran muy notablemente en las cifras transmitidas en el libro de los Reyes para la historia de los de Judá. Para el primero bastarán dos ejemplos. Según 2. Reyes, 15, 30, en el año 21 del rey Joatham de Judá, se rebeló Oseas, que fué después rey de Israel, contra su antecesor Facea. Pero Joatham de Judá solo reinó 16 años, según 2. Reyes, 15, 33. Al reinado de éste, que duró diez y seis años, siguió el de su hijo Acáz, el cual, según 2. Reyes, 16, 1, fué rey en el año 17 de Facea; pero éste, según 2. Reyes, 15, 30, ya había sido destronado durante el reinado de Joatham. Según 2. Reyes, 14, 17, Amasías de Judá vivió todavía 15 años después de la muerte de Joás de Israel. Pero como el año de la muerte de éste fué el de la subida al trono de su hijo, Jeroboam II de Israel, el advenimiento del hijo de Amasías, Usías (Azarías), debió de ocurrir en el año 15 ó 16 (2) de Jeroboam, ya que, según 2. Reyes, 14, 19-21, fué proclamado rey inmediatamente después del asesinato de su padre. Pero, según 2. Reyes, 15, fué Usías, al que también llamaron Azarías, rey de Judá en el año 27 de Jeroboam de Israel. Aquí hay una diferencia de 12 años á lo menos. Además, según 2. Reyes, 3, 1, Joram de Israel, hijo de Acab, fué rey en el año 18 de Josafat. Pero como, según 2. Reyes, 8, 16, Joram de Judá, hijo de Josafat, fué rey en el año 5 de Joram de Israel, resulta de estos datos un reinado de 22-23 años para Josafat de Judá. Sin embargo, 1. Reyes, 22, 42, atribuye á Josafat un reinado de 25 años.

Diferencias como ésta se encuentran en gran número, y no creemos necesario hacer nuevas citas. En el estudio ya

(1) Naturalmente hay que fijarse bien en las habilidades del computador de semejantes cronologías artificiosas, para transformar las cifras redondas que forman la base de su sistema en cifras desiguales, pero que sin embargo se completan mutuamente. No solo $40+40+40=120$ sino que también $38+43+39=120$. Un ejemplo muy evidente de esta habilidad es el recuento, sacado de la Escritura fundamental, de todos los israelitas varones mayores de veinte años, procedentes de las tribus profanas, en el paso del desierto. Núms., 1: Entonces contaba Israel 603,550 hombres. Aquí solo se han añadido los 3,550 para encubrir lo artificioso de este recuento. Su cálculo es de 600,000, esto es, divididos en doce tribus de 50,000 cada una. Ahora bien: en una lista que tiene la pretensión de dar cifras históricas, no puede hacerse el recuento de doce tribus á razón de 50,000 cada una. El autor de la Escritura fundamental sale del paso dando á seis tribus menos de 50,000 hombres, y á las otras seis más de 50,000. Designa con menos de 50,000 á las de Rubén, (46,500), Gad (45,650), Efraim (40,500), Manasés (32,200), Benjamín (35,400) y Aser (41,500); y con más de 50,000 á las de Simeón (59,300), Judá (74,600), Isacar (54,400), Zabulón (57,400), Dan (62,700) y Neftalí (53,400). Véase Noldeke: «Investigación para la crítica del Antiguo Testamento», Kiel, 1869, págs. 116 y siguientes.

(2) Según se atribuya el año de la muerte de Joás á Usías ó á Jeroboam como el primero de sus respectivos reinados.